

del siglo IV: en 314 hay obispos en Burdeos, Eauze y Gabales. En otras partes, algunas iglesias, como las de Ruán, Sens, París, Reims y Autún, son, al parecer, más antiguas; y en la región renana, en Tréveris y en Colonia, encontramos obispos desde principios del siglo IV, siendo probable que el cristianismo fuese llevado allí durante el siglo III por las legiones en aquellos puntos acantonadas ó por los comerciantes extranjeros (1).

A principios del siglo IV, cuando Diocleciano y Galerio emprendieron en Oriente una guerra de exterminio contra el cristianismo, los fieles de las Galias disfrutaron de relativa calma. Constancio Cloro, que ejercía en este país el poder imperial, no era un soldado afortunado como sus colegas: hombre de espíritu moderado y hábil administrador, no quiso, al parecer, poner en práctica las medidas que repugnaban á la suavidad de sus costumbres y que alarmaban su sentido político, y para conformarse en apariencia con los edictos promulgados por Diocleciano y por Galerio, mandó destruir algunas iglesias, pero no persiguió á las personas. En Oriente, el número y la importancia de los cristianos podían alarmar hasta á un político sereno y reflexivo como era Diocleciano; pero en la Galia, diseminados como se hallaban en diversas ciudades, no inspiraban los mismos temores. Esta diferencia de situación ayuda á comprender la conducta de Constancio Cloro, respecto de quien ninguna prueba existe de que abrazara el cristianismo ni de que demostrara hacia éste otra cosa que una benévola curiosidad. En cambio, su hijo Constantino, cuando en 312 fué á disputar la Italia á Maxencio, declaróse aliado y protector de los cristianos y puso en sus estandartes el monograma de Cristo, promulgando después de su victoria el edicto de Milán que, al proclamar la libertad de conciencia, otorgó á aquéllos el derecho de existir, de poseer y de celebrar sus ceremonias religiosas. De modo que el cristianismo, si no era todavía el culto oficial, era el culto protegido; en adelante, la Iglesia podría apoyarse en el Estado para continuar la conquista religiosa de la Galia, pero su tarea debía ser allí más laboriosa que en la mayoría de las otras regiones del imperio (2).

En Galia, como en todas partes, el culto de las primeras comunidades cristianas era sencillo:

«El día del sol, escribe el apologista Justino, los que habitan en las ciudades ó en los campos se reúnen en un mismo lugar, y allí leen, en cuanto el tiempo lo permite, las memorias de los apóstoles ó los escritos de los profetas. Después el lector se para y el que preside toma la palabra para dirigir una exhortación é invitar á que

(1) Por esta época la contienda del novacianismo agitó á toda la Iglesia. El antipapa Novaciano se había puesto al frente de los rigoristas que no querían que se perdonase á los que se habían mostrado débiles durante las persecuciones. En la Galia tuvo por partidario al obispo de Arlés, Marciano; en cambio, Faustino, obispo de Lyon, y sus colegas galos se declararon en contra suya, de acuerdo con el papa Esteban y con Cipriano de Cartago, el gran adversario del novacianismo.

(2) La última evaluación es la de Harnach, *Die Mission und Ausbreitung des Christentums in den drei ersten Jahrhunderten*, 1902; en ella se distinguen (págs. 540 y sig.) cuatro categorías según la mayor ó menor densidad de la población cristiana y se clasifica á la Galia en la 4.^a (unos 10.000 cristianos en conjunto), excepto la costa del Mediterráneo que es incluida en la 2.^a

se sigan los hermosos ejemplos que acaban de citarse, hecho lo cual todos se levantan y rezan. Finalmente, una vez las preces terminadas, se trae pan, vino y agua, el presidente ora y da las gracias tanto tiempo como puede y el pueblo responde *amén*. Se distribuye á cada cual su parte de los elementos bendecidos y á los ausentes se les envía la suya por mediación de los diáconos.»

Las controversias teológicas, sobre todo en Oriente, eran sutiles; en cambio las creencias populares eran poco complejas: Cristo aparecía á los ojos de los fieles como un protector dulce y familiar, bajo el aspecto del Buen Pastor; entre los dogmas, encantábanles el de la redención y el de la resurrección; la muerte para ellos no era más que un sueño y, según las expresiones tan frecuentes en las inscripciones de la Galia, dormíanse en la paz para resucitar con Cristo y vivir junto á él, á los mártires y á los santos; y el Paraíso, tal como se lo figuraban, era un hermoso jardín lleno de luces, de flores y de perfumes, con tiendas en las cuales brillaban el oro y las piedras preciosas.

Sin embargo, en la sociedad cristiana desarrollábanse ya multitud de gérmenes de desorden y de corrupción. El sínodo de Elvira, celebrado allá por el año 300, da á conocer los males que aquejaban á las comunidades de España y que seguramente no debían ignorar las de la Galia, tan próximas á ellas: muchos fieles flaqueaban, aun fuera de las épocas de persecuciones; algunos neófitos, después de bautizados, volvían á rendir culto á los ídolos ó aceptaban cargos de flamines que les obligaban á tomar parte en los sacrificios; había entre los cristianos libertinos, adúlteros, proxenetas, usureros; vírgenes consagradas á Dios olvidaban sus promesas, y hasta varios sacerdotes daban ejemplo de costumbres licenciosas. El cristianismo, á medida que conquistaba mayor número de adeptos, perdía algo de su pureza primitiva; el ensueño de almas sencillas enamoradas de la justicia y de la bondad, transformábase en una institución imperfecta accesible, como toda obra humana, á las pasiones.

III.—San Martín

Durante el siglo IV cambia el carácter de la lucha entre el cristianismo y el paganismo: el cristianismo no es todavía una religión de Estado, pero es la religión de los emperadores que con todo su poder favorecen sus progresos, y ya no se contenta con salvar las almas, sino que quiere dominar el mundo. Por el contrario, el paganismo debilitado no conserva sino las vanas apariencias de un culto oficial y muy pronto se convierte de perseguidor en perseguido. En efecto, los sucesores de Constantino, estimulados por los obispos, promulgan edictos mandando cerrar los templos y prohibiendo los sacrificios y en 408 Honorio encarga á los obispos mismos que cuiden de que tales disposiciones sean ejecutadas.

Estas medidas violentas eran de aplicación difícil, pues los paganos formaban la gran mayoría y continuaron, por consiguiente, practicando sus ritos. En la Galia, en donde había regiones enteras sin comunidades cristianas, las que existían no se hallaban todavía al

abrigo de persecuciones locales. En Tours, «á causa de la oposición de los paganos,» estuvo vacante el obispado desde principios del siglo IV hasta la muerte de Constantino. «Los cristianos, en aquella época, celebraban el oficio divino secretamente y en escondrijos, porque si algunos de ellos eran sorprendidos veíanse maltratados á golpes ó ejecutados con la espada (1).» La evolución religiosa que los emperadores realizaban exasperaba á los paganos, los cuales, en muchos lugares, se entregaban á represalias. En 323 Constantino adopta medidas contra los que obliguen á clérigos ó á cristianos á tomar parte en los sacrificios lustrales. La plebe, excitada contra los fieles, encontraba auxiliares en los magistrados municipales, siendo inútil que los cristianos se dirigieran á los funcionarios, porque muchos de éstos, aun los de los grados superiores de la jerarquía, eran paganos.

Peor todavía era la situación del cristianismo en el campo. La palabra *paganus*, habitantes del *pagus*, del campo, aldeanos, en oposición á los habitantes de las ciudades, tuvo desde el siglo IV un significado religioso; en efecto, esos *paganus* son los paganos afectos á los antiguos cultos. A fines de aquel siglo, aun había grandes burgos que no contaban con un solo cristiano, á pesar de las activas predicaciones. Tiempo hacía que el druidismo había perdido su vitalidad, pero de la mezcla de mitología romana con la mitología céltica resultó una religión popular cuyos monumentos abundan en nuestro suelo, aun cuando la interpretación de los mismos sea todavía oscura. El mismo idioma era un obstáculo á los esfuerzos de aquellos que querían evangelizar á las poblaciones rurales, y así lo reconoce Ireneo en el prefacio de su tratado *Contra las herejías*, pues el uso de la lengua céltica no había desaparecido por completo en el siglo IV (2), y en la Galia, los restos de los dialectos indígenas se mezclaban con el latín popular y hacían más difícil para los extranjeros la inteligencia del mismo.

Para que el cristianismo penetrara entre la gente del campo, era precisa una evangelización activa y ardiente; á ella se dedicaron numerosos misioneros, entre ellos San Martín de Tours cuya fama eclipsó á la de todos los demás. Débese la celebridad de este santo á la energía de su celo apostólico, pero también al entusiasmo de uno de sus discípulos, el aquitano Sulpicio Severo (3). La vida de San Martín escrita por Sulpicio Severo hacia el año 400, fué muy popular en la Galia, en donde llegó á ser un modelo de esa literatura hagiográfica en la que la historia se halla con harta frecuencia substituída por los relatos maravillosos. El propio autor añadió á ella nuevos rasgos en unos *Diálogos* cuyo héroe es también San Martín, y en tres de sus cartas ocupóse de la muerte del santo. Esto no obstan-

(1) Gregorio de Tours, *Hist. Francorum*, I, 48.

(2) Respecto de estos diversos puntos véase el presente tomo, página 199.

(3) La mejor edición de las obras de Sulpicio Severo es la de Halm, 1866, que forma parte del *Corpus script. eccl.* de la Academia de Viena. Respecto de San Martín, véanse: Reinkens, *Martin von Tours*, 1866; Lecoy de La Marche, *Saint Martin de Tours*, 1881 (insuficiente como crítica); Bulliot, *Mission et culte de Saint Martin d'après les légendes et les monuments populaires dans le pays éduen*, *Mémoires de la Société éduenne*, 1888; Bernoulli, *Die Heiligen der Merowinger*, 1900, libro I, capítulo I.

te, la historia de San Martín presenta todavía muchos puntos oscuros, y el mismo Sulpicio Severo confiesa que se le acusaba de haber exagerado y aun mentido algunas veces.

San Martín nació en Sabaria (Pannonia) de padres paganos; su padre, soldado romano, había llegado al grado de tribuno. Su infancia transcurre en Pavía; convertido al cristianismo, entra contra su voluntad en el ejército, en el que hace vida casta y sobria; caritativo con todos, en Amiéns parte en pleno invierno con la espada su capa, para dar la mitad de ella á un pobre. Con motivo de una invasión bárbara, llámale para entregarle una gratificación que él rehusa declarando al emperador que es soldado de Cristo y pidiendo su licencia; entonces se le acusa de querer substraerse al peligro, á lo que él contesta: «Puesto que se atribuye mi conducta á cobardía y no á la fe, mañana me colocaré al frente de la línea de combate sin armas, y en nombre del Señor Jesús, protegido por el signo de la cruz, no por un escudo ó por un casco, me lanzaré sin temor en medio de las filas enemigas.» Mas no tuvo ocasión de cumplir esta promesa, porque al día siguiente el enemigo solicitó la paz. Cuando dejó el servicio de las armas, y después de haber visitado á San Hilario, obispo de Poitiers, hizo el aprendizaje de la vida religiosa y ascética, y en 372 el entusiasmo popular elevóle, á pesar suyo, al episcopado de Tours: entre los obispos que tomaron parte en la elección, algunos no querían á ese asceta «cubierto de harapos, mal peinado y cuyos ademanes carecían de nobleza;» de suerte que fué verdaderamente el elegido del pueblo.

Martín no es ni un gran teólogo ni un gran orador. Como apóstol, conserva aún de su vida militar cierta rudeza de carácter; agrádale la acción, y alistado en el ejército de Cristo, entabla una guerra sin cuartel contra el paganismo. Pero es al mismo tiempo un ardiente adepto de la vida monástica: á dos millas de Tours, en un sitio agreste entre la vertiente de una colina y el Loira, funda un monasterio y allí se establece en una celda de madera, acompañado de ochenta discípulos que en su mayoría habitan en grutas abiertas en la roca. En aquel convento se practica la comunidad de bienes y no se ejerce ningún oficio, salvo la copia de manuscritos; la vida es dura y la alimentación frugal, no obstante ser nobles muchos de aquellos ascetas. Aquel monasterio de Marmoutier fué una especie de seminario episcopal, cuya influencia se extendió por toda la Galia: «¿Qué ciudad había, en efecto, dice Sulpicio Severo, que no deseara tener por obispo á un monje del monasterio de Martín?»

De allí parte éste para emprender audaces expediciones contra el paganismo, visitando burgos y campiñas en donde el cristianismo es desconocido y atacando antiguos y ricos santuarios, centros de cultos todavía vivos, para convertirlos en iglesias y monasterios. Más de una vez le amenazan verdaderos peligros; así en la comarca de Autún los labriegos se arrojan sobre él y uno de ellos tiene ya la espada levantada para herirle cuando, según Sulpicio Severo, un milagro lo derriba al suelo. Las curaciones maravillosas señalan su paso por los pueblos, y las multitudes se convierten y piden el bautismo. Es difícil determinar con exactitud las regiones por él evangelizadas, pues Sulpicio Severo se

abstiene con harta frecuencia de dar indicaciones concretas y es preciso desconfiar de las leyendas que más tarde han consignado el nombre de Martín en lugares en los cuales indudablemente jamás estuvo. Según parece, donde más actividad desplegó fué en el Centro, en la Turena, en el Anjou, en las comarcas de Chartres, Autún, Sens y París; Gregorio de Tours dice que visitó también la Saintonge y el Angoumois, y seguramente estuvo en Vienne, en donde se ha encontrado el epitafio de un fiel por él bautizado.

Por otra parte, el enérgico apóstol se constituye en defensor de los oprimidos contra las violencias de los funcionarios imperiales. En Tours, el conde Aviciano, «esa bestia feroz que se alimentaba de sangre humana y de la muerte de los desgraciados,» se amansa en su presencia y pone en libertad á los prisioneros á quienes se proponía dar muerte. Obligado á ir á presentar una instancia al emperador Valentiniano, San Martín es arrojado á la puerta del palacio; cuando al fin comparece ante el emperador, éste permanece sentado, pero habiéndose prendido fuego en el asiento, según afirma el hagiógrafo, Valentiniano reconoce la voluntad divina y otorga al santo todo cuanto le pide. En Tréveris, mientras los demás obispos rodean solícitos, como serviles cortesanos, al usurpador Máximo, Martín se niega á sentarse á la mesa de éste, declara «que no puede comer con el hombre que ha despojado del poder á un emperador y ha quitado la vida á otro,» y le anuncia que morirá si lleva la guerra á Italia y ataca á Valentiniano. Máximo y su esposa veneran tanto valor unido á piedad tanta. En tiempo de la herejía priscilianista y en tanto que otros obispos incitan á Máximo á que persiga á los herejes en España, Martín desaprueba esta intervención del poder civil en los asuntos de la Iglesia, y para evitar esta medida violenta se resigna á comulgar con sus colegas, cosa de la que jamás se consoló. «Todavía vivió diez y seis años, pero en lo sucesivo no concurrió á ningún sínodo y evitó todas las asambleas de obispos.» Murió en Candes, no lejos de Tours, probablemente en 397; los habitantes de esta última ciudad llevaron á ella triunfalmente su cuerpo y más adelante construyóse sobre su tumba una gran basílica por iniciativa del obispo Perpetuo.

El culto de San Martín se extendió por toda la Galia; en muchos sitios se mostraba la huella de sus pasos; en todas partes se erigían templos bajo su advocación y en torno de su memoria se multiplicaban las leyendas (1), habiendo llegado á ser su nombre como el símbolo de la evangelización de la Galia en el siglo IV.

Uno de los más activos colaboradores de esta obra, Vitricio, obispo de Ruán, había conocido á Martín. Soldado como él, su negativa á seguir en el servicio militar por poco le cuesta la vida. Hacia el año 398, Paulino de Nola le felicita por haber sido elegido por Dios para propagar la luz «en la Morinia, en las selvas y costas salvajes en donde no se encontraban más que aventureros bárbaros ó habitantes que se entregaban al

(1) «Solamente Francia (inclusas la Alsacia y la Lorena) cuenta 3.675 iglesias dedicadas á San Martín, y el nombre de éste ha sobrevivido en 425 burgos, caseríos ó aldeas.» Lecoy de La Marche, *obra citada*, pág. 500. En el siglo XIII, más de una tercera parte de los templos de la diócesis de Burdeos estaban consagrados á él: Jullian, *Ausone et Bourdeaux*, 1893, pág. 138.

saqueo.» Los fieles se multiplican en las ciudades, en los burgos y en los campos y se construyen iglesias y monasterios, y lo propio sucede entre los nervios «á quienes apenas había tocado hasta entonces el soplo del Señor (2).» Ruán, «en otro tiempo obscura, es ahora conocida de muy lejos é incluida en el número de ciudades ennoblecidas por santuarios.» Sólo en Bretaña penetraba lentamente el cristianismo: en el centro, San Martín de Brives, discípulo de San Martín, murió tal vez mártir; á principios del siglo V, los habitantes de Autún todavía paseaban en un carro, para proteger sus campos y sus viñas, la estatua velada de Cibeles, y se cuenta que ante el signo de la cruz hecho por el obispo Simplicio cae el ídolo, y que á consecuencia de este y otros prodigios la pagana muchedumbre se convierte.

En la región del Rhin, en Tréveris, una sola iglesia bastaba todavía en el siglo IV á la comunidad; y sin embargo era aquel el gran centro cristiano del Este, no habiéndose encontrado en ninguna otra ciudad de la Galia, por lo que á esa época se refiere, tantos epitafios cristianos. Colonia tenía un obispo, pero hacia el año 355 la comunidad era allí, al parecer, poco numerosa; en la misma época se da á conocer la de Tongres con su obispo Servasio; y en Maguncia, en 368, cuando la ciudad fué atacada por los alamanes en un domingo, una gran parte de la población se hallaba en la iglesia. En Lorena, la iglesia de Toul existe en el siglo IV; en cuanto á las de Metz y Verdún, sus orígenes están envueltos en tinieblas.

Así como en muchas ciudades aparece el episcopado en el curso de la segunda mitad del siglo IV ó á principios del V, en el campo la evangelización avanza muy lentamente; la misma frecuencia con que se promulgan los edictos imperiales que proscriben los antiguos cultos, demuestra la ineficacia de tales disposiciones. En 395 un retórico galo establecido en Roma leía en el Foro de Marte un poemita sobre las epizootias bovinas; uno de los pastores á quienes pone en escena declara que sus rebaños fueron curados por el signo de la cruz «que sólo en las grandes ciudades es reverenciado (3).» El autor se dirige unas veces á la avaricia de los labriegos, presentándoles el cristianismo como una religión económica que no exige gastos para los sacrificios, y otras á su amor propio invitándoles á que imiten la moda de las ciudades. San Jerónimo, que conoció la Galia de la segunda mitad del siglo IV, la considera sometida todavía al yugo del paganismo. La Iglesia no terminará la conquista de las poblaciones rurales hasta que arroje sobre ellas sus ejércitos de monjes y multiplique sus conventos aun en el corazón de las más espesas selvas; tal será la obra de los siglos siguientes.

—Multitud de hechos demuestran la tenacidad de los antiguos cultos. En Brioude, no lejos de la tumba y de la capilla de San Julián, existía todavía un templo y se alzaban sobre una columna las estatuas de Marte y de Mercurio; allí celebraban sus cultos los paganos hasta que una tempestad que se elevó de pronto les decidió á convertirse y á destruir sus ídolos. El culto de Mercurio tuvo tanta más vitalidad cuanto que se identificaba con el del dios galo Lug; para suplantarle, insta-

(2) Respecto de la Morinia y de los nervios, véase el presente tomo, pág. 16.

(3) *Anthologia latina*, edición Riese, págs. 317 y siguientes.

láronse en su lugar santos cristianos cuya leyenda recordaba en algunos rasgos la de aquél; así, por ejemplo, San Miguel y San Jorge, que dieron muerte al dragón, reemplazaron á Lug, que mataba la serpiente con cabezas de carnero. A falta de templos y de ídolos, veneraban los labriegos rocas, lagos, fuentes; pues bien, la Iglesia puso en todos estos sitios los signos de su culto, levantando cruces en las ramificaciones de los caminos, colgando piadosas imágenes junto á las fuentes y en los árboles sagrados, construyendo humildes capillas en el fondo de los bosques y consagrando los dólmenes y los menhirs. Mas á pesar de esta hábil política las antiguas creencias luchan todavía: las viejas divinidades, transformadas algunas de ellas en santos y santas, conservan varios de sus rasgos y la veneración rústica, que bajo su aspecto postizo las reconoce, les consagra un culto más familiar y más ardiente cual si se tratara de antepasados en quienes se encarna la continuidad de la familia y cuya vista despierta mil recuerdos lejanos y gratos. A menudo también los antiguos dioses, puestos fuera de la ley y desterrados, se apoderan de los bosques y de los páramos, establecen en ellos su reino, en el que no sin temor penetran los cristianos, y se muestran ora alegres y benévolos, ora falaces y hostiles; la misma Iglesia al considerarlos como demonios reconoce con ello su divinidad perdida. Tal fué el caso sobre todo de esas trinitades locales bajo cuya protección se ponían las comarcas y aun las familias y que se conocen con el nombre de *madres* (*matres, matrona, mai-ra*): abundan los monumentos en que estas divinidades tienen en las manos flores y frutas; Roma las había identificado con las Parcas, y del nombre de *Fata* con que á éstas se designaba y del de *Fatuae* que se daba á las ninfas, deriváronse las hadas de la Edad media. Estas, convertidas en *Buenas Damas* y *Damas Blancas* que habitaban los dólmenes, conservaron su papel tutelar y, adornadas por la leyenda con su nativa poesía, todavía el relato de sus aventuras excita las imaginaciones infantiles (1).

De aquí que hasta en los mismos fieles las prácticas paganas se mezclan con el culto cristiano. En Arlés, en la región tal vez más cristianizada de Francia, un concilio celebrado en 443 declara sacrílegos á los obispos culpables de negligencia para con los que encienden pequeñas antorchas y veneran los árboles, las fuentes y las rocas, prescripción que los concilios reproducirán durante mucho tiempo. Muchas costumbres todavía subsistentes, como los regalos de Año nuevo, el Carnaval, etc., son de origen pagano.

IV.—La sociedad pagana y la sociedad cristiana

A pesar de los progresos del cristianismo, no variaban, ni siquiera en las ciudades, la educación, la civilización y las costumbres: el Imperio, las instituciones y el es-

(1) Maury, *Les fées au Moyen Age*, 1843; *La magie et l'astrologie dans l'antiquité et au Moyen Age*, 1860; *Croyances et légendes du Moyen Age*; nueva edición de las *Fées*, por Longnón y Bonet-Maury, 1896. F. Vallentin, *Les dieux de la cité des Allobroges*, «Revue Celtique,» tomo IV, 1879-1880. S. Reinach, *Les monuments de pierre brute dans le langage et les croyances populaires*, «Revue archéologique,» 1893. Mannhardt, *Der Baumkultus der Germanen und ihrer Nachbarstämme*, 1875. Cerquand,

píritu público estaban en decadencia, pero las letras profanas conservaban su prestigio (2).

Entre los miembros de la aristocracia galo-romana, todavía encontramos paganos declarados como Rutilio Namaciano, que en un poema sobre su regreso á Galia, compuesto en 416, se desata en una virulenta sátira contra los monjes. Cuando Salviano, cuya fe fué tan fogosa, se casa allá por el año 430, sus suegros son todavía paganos y no se convierten hasta más tarde. ¡Cuántos, por otra parte, se contentan con un cristianismo puramente superficial y siguen siendo paganos de espíritu y de estilo! Ausonio es cristiano, según se descubrió al fin por algunos de sus versos; pero sus verdaderos dioses son los de Ovidio y de Horacio y su moral es completamente epicúrea: hombre de bien y excelente marido, entonó cantos en loor de queridas imaginarias y compuso versos galantes y hasta obscenos para conformarse con las tradiciones clásicas.

Este cristianismo mundano había de provocar violentas reacciones. La Iglesia comprendió cuán difícil era conquistar corazones para Cristo si se dejaba á las letras profanas el cuidado de formar las inteligencias, y San Agustín indicó qué era lo que debía hacerse con los sabios, los gramáticos y los oradores paganos que abrazaban el cristianismo. Sulpicio Severo se propuso vulgarizar con sus crónicas en la Galia los libros sagrados y la historia de la Iglesia por medio de un resumen de unos y otra escrito en buen estilo; algunos, en cambio, fueron más lejos condenando como un crimen la afición á los poetas y á los oradores profanos: así el bordelés Paulino de Nola escribía á su amigo Jovius para apartarlo del culto de las letras.

Era en vano luchar contra tan poderosa tradición. En el siglo V, Sidonio Apolinario, cuando quiere felicitar á Paciente, obispo de Lyon, por haber distribuido trigo entre los pobres, saluda en él á un nuevo Triptolemo, y hasta en epitafios de sacerdotes y de obispos se habla de los bosques elíseos, del Tenaro y de las gargantas del Averno. Y los que quieren pintar el infierno se inspiran en las descripciones que los antiguos habían hecho del Hades y del Tártaro y el barquero Caronte pasa al servicio de la Iglesia.

En el siglo IV, un miembro de la aristocracia galo-romana había de realizar un verdadero esfuerzo para ser ferviente cristiano, pues su conducta era causa de escándalo. Paulino de Nola pertenecía á una familia ilustre y su padre había sido prefecto de las Galias; educado por Ausonio, desempeñó funciones públicas y hasta llegó á ser cónsul, y si bien era cristiano, éralo con poco entusiasmo. Paulatinamente se fué apartando de los negocios y del mundo, trabó estrechas relaciones con obispos, fué discípulo de San Ambrosio y se hizo bautizar por Delfino, obispo de Burdeos. Avivada su fe, adoptó el sistema de vida de los monjes y vendió sus bienes distribuyendo el producto de los mismos entre los pobres. Consagrado sacerdote en Barcelona, establecióse en Nola (Italia) cerca del sepulcro de San Félix, y llegó á ser obispo de aquella ciudad. Tal ejemplo dado por un hombre de posición tan elevada fué

Sur la persistance et les transformations de légendes relatives aux divinités celtiques ou germaniques au Moyen Age, 1889; etc. Véase las págs. 25 y siguientes del presente tomo.

(2) Véase el presente tomo, págs. 198 y siguientes.